

# I

## *Casa Luna*

«La piedra quiere ser una piedra; el tigre, un tigre». Me conforta recitar esta jaculatoria y encomendarme a la fuerza de esas viejas palabras al comenzar este relato; pronto sabrán por qué. Siento el vértigo del suicida en su último instante, pero el poderoso impulso de la verdad ya ha vencido, dentro de mí, al burladero de las esmeradas mentiras con las que estoy fabricado. ¿Qué importancia puede tener que el tigre me devore, si a cambio cobro el honor de ser yo quien abra la jaula para liberarlo?

Es diez de agosto. Ha habido tormenta al caer la tarde y en el cielo quedan resplandores lejanos que apenas perturban la noche. El viento arremolina papeles y hojas de yedra en el patio de «Casa Luna». Me llamo Marcos Fortuño. Necesito comenzar con algo tan cierto como una fecha, un nombre, un lugar y una noche de verano. Podría disparar la verdad a bocajarro, con una frase certera y definitiva, pero he decidido contarla poco a poco, paso a paso, tal y como yo mismo la he vivido, para que todo se entienda mejor, para no disimular mi propia miseria con la enormidad de lo que ha estado detrás de todo desde el principio; y, acaso, para merecer una brizna de compasión.

Me refugio en esta Casa desde hace diez días. Me he acompañado a la quietud del transcurrir de los días de agosto; he tomado notas, he acopiado razones, he reconsiderado objeciones, y por fin hoy comienzo a escribir. Hay una montaña de cascotes delante de mí, hay un alma destrozada en pedazos,

hay también materiales nobles recién descubiertos, pero sobre todo hay algo que debe saberse y que no puede permanecer callado más tiempo. Tengo que saber hacerlo, he venido aquí para que nada perturbe mi decisión y ahora estoy seguro de que he escogido un lugar apropiado.

«Casa Luna» es un cortijo-hotel situado en medio de un mar ondulado de olivos que rompe a lo lejos en las montañas impetuosas de la sierra de Cazorla. Parece una fortaleza blanca si se mira desde fuera. Dentro hay un patio generoso de suelo empedrado, con muros y almenas que por las noches recortan la inmensidad del universo en un cuadrado de estrellas y oscuridad, y que está envuelto en una galería de columnas con sillones de mimbre y mesas de cristal, un banco largo de piedra, faroles de forja y algunas reliquias rurales, como un trillo, una enorme tinaja y un viejo bebedero de madera rajada cuyos compartimentos albergan ahora macetas de flores modestas: geranios, campanillas, margaritas. Enormes vigas de madera más recia que noble soportan el embovedado de la galería y se incrustan en el muro interior, de piedra vista. Una escalera generosa en espacio y escueta en decoración accede a la planta alta, donde están las ocho habitaciones. Las habitaciones tienen amplias ventanas enrejadas que por el día dejan ver las infinitas hileras de olivos y por la noche inundan de luna y grillos el sueño. Alrededor de la casa hay una elegante explanada con pinos carrascos y moreras y, más abajo, una alberca de riego que en verano sirve para bañarse. Hay una huerta de la que los huéspedes podemos recolectar pimientos, tomates, pepinos, berenjenas, habichuelas y llevarlos a la cocina. Hay también animales: sobre todo, cinco perros y algunos gatos. Los perros ladran por la noche, respondiendo a otros ladridos de perros de cortijos que se divisan por aquí y por allí como castillos aplastados y pintados de blanco. Hay otras especies de animales salvajes, como las liebres, los zorzales, algún zorro y alguna jineta, dicen que jabalíes, pero también las chicharras, las moscas y las avispas, y por las noches creo reconocer el sonido de una lechuza entre los ben-

ditos grillos y el silencio astuto de las salamanquesas de mi habitación. Necesito describir los detalles para asentarme en esta tierra firme y segura y sentir el impulso que le he pedido a este verano.

La verdad. Prefiero que se vaya abriendo paso entre el ruido de tanta apariencia. Necesito descargar primero el peso de mis mentiras, y sólo entonces podrá emerger como un gigante agazapado y olvidado la gran verdad que le da un sentido a mi impostura. He comprendido que no basta con una compulsiva sinceridad. Debo posponer las explicaciones que tardaron tanto en darme a mí, porque formaba parte del plan que yo no supiera nada. Comprobarán poco a poco, suceso a suceso, página a página, que esto no es una ocurrencia literaria. Es una biografía cruel, y no ahorraré detalles. Iba a escribir «autobiografía», pero es mejor dejarlo así: me pertenece el nombre del personaje, no su alma; mi alma quedó cautiva en una estancia de Barcelona a la que ya no sabría volver. Les costará creerme, creerán que se trata de un juego, pero acabarán rindiéndose, porque tengo pruebas.

Comparto la casa con Irene y Juan, una atractiva pareja que aparece y desaparece, y con Amalia, la doctoranda de alrededor de treinta años que se baña por las noches desnuda en la alberca, según me ha asegurado el casero. Otras habitaciones están vacías, pero eso parece no importarle mucho a Luis Martínez Cendal, el dueño de todo esto, un tipo recio y curtido que las prefiere desocupadas a maltratadas por huéspedes que no sepan vivir en el campo quince días sin ir al supermercado a comprar cremas y chanclas o sin ver en la televisión los torneos veraniegos de fútbol. A veces coincidimos en el patio o en el comedor, nos saludamos, charlamos de cualquier cosa, pero no tenemos intención de hacer grupo: no hemos venido aquí para encontrarnos con nadie. Saben que soy Marcos Fortuño, pero me dejan tranquilo. Son buenos compañeros de patio y cocina. Discretos y elegantes.

Hace un rato Amalia, la doctoranda de piernas de gacela, le

ha dicho al casero que no hacía falta que encendiera las luces de la alberca. Ella prefiere bañarse en medio del campo, y no en algo parecido a una piscina de hotel. Imagino que ha dejado la toalla en el banco de piedra que hay al lado del manantial de tres caños; que ha abierto la puertezuela de la verja metálica que cerca la alberca, y que se ha zambullido sin pensárselo en el agua oscura. Sabe que nadie bajará a estas horas y por eso se ha desnudado, para que todo su cuerpo quede envuelto en el agua fría con luz de luna. Está oyendo los grillos y el chorro que cae incesantemente desde la canaleta que trae a la alberca el agua desde los tres caños. Escucha también el viento que mueve las copas de los tres árboles inmensos: el almez, el roble y la acacia. Se sumerge despacio, para notar el frío en la cara, en la nuca, en todo su cuerpo: ha habido tormentas, pero ha sido un día caluroso, como todos los de este verano. A veces alguna ráfaga de viento trae el eco de una canción pegadiza, proveniente de alguna ladera lejana en donde se está celebrando una boda, o quizás se trate de una verbena, porque es lunes. Los dos estamos escuchándola, aunque ella cree que está sola, pero la música entra también por mi ventana. Una luna en cuarto menguante se está dejando ver desde la alberca de Amalia hacia el lado de la huerta. El agua de la alberca agradece la presencia a esas horas quietas de esa mujer, y la retiene un rato, mientras la luna desparrama ya reflejos blancos en la superficie, jugueteando con las sombras, como una fiesta blanca y fresca alrededor de ese cuerpo demasiado delgado pero de formas perfectas cuya temperatura interior está, por fin, ajustándose a la del agua. Ahora el viento acaricia el cuerpo mojado de Amalia y casi la hace tiritar de frío. Me gustaría tener confianza como para abrazarla, para qué voy a decir otra cosa. Me gusta abrazar a las mujeres, sobre todo cuando soy capaz de imaginarlas desnudas. Imagino que se envuelve en la toalla y se sienta en el banco de piedra, descalza. Siempre el rumor del chorro de agua que lleva a la alberca la fuerza de la tierra. Se asoma alguna estrella fugaz, porque es la noche de San Lorenzo. Me da por pensar que ella está diciéndose que lo único que podría superar ese bienestar sería compartirlo con

un amigo, aunque si alguna vez Amalia ha nadado desnuda al lado de un hombre desnudo, habrá sido en sudor y entre sábanas, no en una alberca en medio de la noche. Es posible que esta noche lo que le apetezca no sea hacer el amor, sino bañarse desnuda, quizás con Federico, vamos a llamarlo así, aunque Federico seguro que es de los que no entienden que una mujer se desnude con él si no es para acostarse: si estuviera ahí esa noche, en esa alberca, habría intentado rodearla, abrazarla como a un delfín escurridizo y amarla entre malabarismos acuáticos, y si ella lo rehuyese se pondría melancólico, creería que no había sido capaz de seducirla, y peor aún sería tener que explicarle que a veces a una mujer le seducen más las copas de los árboles que el sexo de un varón excitado demasiado pronto. Quizás mejor Pablo. Habrá algún Pablo en la vida de Amalia, y Pablo no estaría pegado a ella, sabría quedarse callado de vez en cuando, sabría dejar la alberca llena de deseo y sensualidad sin el ansia de cobrar ningún premio inmediato. El desagüe de la alberca regará mañana la huerta con agua de Amalia y de reflejos de luna. Me parece que es por eso por lo que de vez en cuando me gusta ir a coger algún tomate.

Amalia ha dejado la alberca, con el agua todavía un poco inquieta. La he oído subir por el camino hacia la casa, quiero creer que pensando más en Pablo que en Federico. Al llegar al patio ha saludado otra vez al casero, que sigue sentado bebiendo una tónica con ginebra, hielo y viento, como todas las noches. Gracias al silencio y al viento he podido oír algunas ráfagas de su conversación.

—Tiene usted una casa envidiable, Luis —ha dicho Amalia.

—Me gusta que sepa apreciarlo, Amalia. Los otros se fueron sin enterarse.

—¿Cómo dice?

—Los otros, los que se marcharon la semana pasada (...) moscas (...) —creo que el casero se ha quejado de que los otros, dos matrimonios que pasaron por aquí, no se fijaron más que en las moscas.

—No diga usted eso, si no pararon de decir (...) —ha dicho la voz de Amalia.

—(...) por complacerme, pero estaban echando de menos el silloncito de su casa (...) las horas viendo la televisión. En primavera se acuerdan de que en vacaciones hay que hacer una escapada y buscan (...) o casas rurales para no decir a los amigos que se quedan en casa, pero no les sirve nada más que para (...). ¿No vio usted a ese tipo, a Rogelio, que se metía en el coche para oír los resultados de la «Intertoto»? No me diga que no es lamentable. No sé a qué vienen al campo. Se creen obligados a (...), pero sólo les sirve para volver con más ganas.

—Pues ya es algo.

—Y a usted, ¿no se le va a hacer largo todo el mes?

—Yo no estoy de vacaciones.

—Eso es verdad (...) —me cuesta más entender lo que dice el casero, a Amalia la oigo mejor.

—Si le digo la verdad, para irme de vacaciones habría escogido otro sitio. La playa, África, la India...

—Ahora está usted en edad de hacer esos viajes.

—¿Conoce usted la India, Luis?

—Sí

—¿Y África?

—Sí.

—¿Qué parte?

—Egipto, (...) y Sudáfrica, nada más.

—¿Sudáfrica? Vaya, parecía (...) toda su vida en esta casa.

—No, no crea, nos conocimos ya de mayores —ha dicho Luis.

—¿Por qué se llama «Casa Luna»? Tengo curiosidad, es un nombre bonito para una casa.

—En el pueblo dicen que hay un día al año, hacia el final del (...), en que, al ponerse el sol, una luna llena sale exactamente de esta casa, como si hubiese estado guardada aquí durante el día. Otros dicen que algunas noches el reflejo de la casa, vista desde el mirador del pueblo, se parece a la Luna.

—Es curioso —ha dicho Amalia después de un rato—. ¿Se ha fijado usted?, las dos explicaciones vienen de fuera, miran la casa desde el pueblo. Yo imaginaba algo que tuviera que ver con la casa misma

—Claro, siempre es así. Los nombres nos los ponen los otros. Además, la luna (...).

«Los nombres siempre nos los ponen los otros». Es una frase bonita. Somos lo que otros dicen que somos. Me interesa y lo apunto en mi bloc de notas.

—Eso es verdad —ha contestado Amalia, a quien también le ha gustado la frase.

Se han dado las buenas noches. He oído la puerta del cuarto de Amalia, separado del mío por otro que está desocupado. Estoy seguro de que Amalia se ha acostado con la ventana abierta y se ha cubierto con la sábana, porque entra aire fresco. La fina mosquitera deja que la habitación se llene de la luz de la noche y del cri-cri de los grillos. Perdonen que mencione tanto a los grillos, pero es que ellos, las chicharras, la lechuza, el agua, los ladridos, el viento y algunas voces son la música de estos días. Luis Martínez Cendal habrá apurado su tónica con ginebra y se habrá adormilado en el butacón de mimbre del patio, como otras noches. El ladrido de uno de los perros lo habrá despertado. ¿Qué tiene este viento, que remueve tantas cosas? Yo mismo estoy empezando a adormilarme como si fuera un niño sin heridas.